

# Una cierta nostalgia de futuridad

## Valoración personal de la Reflexión Eclesial (REC. 1980-1985) y del Encuentro Nacional Eclesial (1986)

MONS. CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES GARCÍA-MENOCAL  
La Habana

**M**e parece que el marco de una revista dedicada al vigésimo aniversario de la celebración del ENEC, en la que escribirán probablemente muchos de sus principales actores, no me permite una valoración pormenorizada de tal evento y del Documento Final. Me permito, pues, ofrecerles simplemente, en el texto a continuación, mi acercamiento personal a ambos y a su irrenunciable predecesora, la REC.

Comienzo por expresar, más que con orgullo, con satisfacción, que estuve presente de manera activa en todo el proceso: desde su concepción, en las Convivencias Sacerdotales en El Cobre, en 1979, durante su gestación en el seno de la Conferencia de Obispos Católicos -ya que entonces ocupaba la Dirección del Secretariado General de la misma (1970 a 1990)-, a lo largo del camino de la Reflexión Eclesial y en el "todo" del ENEC, tanto en la elaboración del Documento de Trabajo, como en la celebración del evento y en la redacción y edición del Documento Final. Dios me ha regalado una vida sacerdotal extensa, siempre rica y gratificante, pero en ella descubro algunas situaciones muy intensas, que agradezco de manera especial. Una de ellas ha sido, sin duda, el regalo de haber podido ser

testigo y participante de la REC y del ENEC.

Cuando meses después del Encuentro de Obispos en Puebla (enero de 1979), los sacerdotes que estábamos en las Convivencias Sacerdotales en El Cobre (julio de 1979) asentimos a la proposición de Mons. Fernando Azcárate S.J., no podíamos prever que nuestro buen deseo, nacido del amor a la Iglesia y a Cuba y de nuestro celo sacerdotal, llegaría a alcanzar las dimensiones que de hecho tuvo. Se trataba de solicitar a la Conferencia de Obispos Católicos la organización y celebración de una reunión análoga a la de Puebla, pero que tuviese en cuenta la realidad cubana, que no veíamos reflejada en las conclusiones del Documento Final de Puebla. Soy testigo de la seriedad con que los Obispos cubanos del momento -algunos ya están junto al Padre- acogieron tal petición, y de la simpatía con que la Santa Sede, por su parte, la aprobó, iluminándola con sapientísimas orientaciones acerca del estilo y del género que debería asumir tal proceso, para que no resultase una realidad encorsetada, sino dinamizante de la acción evangelizadora de la Iglesia en Cuba. Y así fue.

Primero en el seno de la Conferencia de Obispos y, casi simultáneamente, en las comisiones nacio-

nales y diocesanas que se fueron creando; luego, en nuestras comunidades, aún en las más pequeñas, la Reflexión Eclesial fue adquiriendo los rasgos de su rostro. Fueron apareciendo todos los componentes del ser y del quehacer eclesial, debidamente jerarquizados y contextualizados en aquella realidad cubana y mundial de 1986. De esa etapa -como irrenunciable he calificado ya a la REC- destaco el carácter participativo, entusiastamente participativo. Además, aunque no faltaron las utopías lejanas de nuestras posibilidades, el tono fue el del sano realismo, el realismo de quien sabe "soñar" sin dejar de poner los pies en la tierra; de quien conoce las limitaciones de la naturaleza humana, pero no ignora las incalculables posibilidades de la Gracia. Todas las asambleas diocesanas, celebradas -si mal no recuerdo- entre los meses finales de 1984 y los primeros de 1985, tuvieron esas características. Con anterioridad, habían tenido lugar los encuentros parroquiales y comunitarios; ellos fueron dando cuerpo, progresivamente, a nuestra iniciativa de El Cobre. Las Asambleas Diocesanas pusieron ante nuestros ojos asombrados la vitalidad de la Iglesia en Cuba, irreducible a los números de una escasa participación regular en el culto, a las escasas dimensiones de obras sociales y a la casi nula

presencia en los medios masivos de comunicación.

Luego vino el trabajo ingente y precioso del discernimiento. Nos había llegado un cúmulo enorme de textos desde todas las Diócesis, fruto de aquellas asambleas diocesanas, las cuales, a su vez, habían sido el resultado de los encuentros parroquiales y comunitarios. Estábamos obligados a "reducir" todo ello a un "documento de trabajo" para el ENEC, previsto para inicios de 1986. Esto significaba respetar lo que los fieles de la base habían expresado y, al mismo tiempo, conferir unidad al Documento de Trabajo. No resultó demasiado difícil, ni ingrato: los criterios expresados no eran contradictorios; había matices, acentos diversos, diferencias de opción en materia de prioridades, pero no exclusiones imposibles de reconciliar. Aquel volumen de textos diocesanos evidenciaba de manera muy concreta algo que nos parecía saber: la unidad de nuestra Iglesia en Cuba en todas las cuestiones fundamentales y la diversidad en las accidentales. No otro podría ser el resultado de una misma Fe, vivida con libertad responsable, por personas distintas y con experiencias humanas y eclesiales diversas.

Personalmente, quedé satisfecho con aquel Documento de Trabajo, elaborado en la segunda mitad de 1985, y con el abordaje al mismo, ya en el seno del ENEC (16 al 23 de Febrero de 1986). Siendo como era, un Documento de Trabajo, fue modificado en casi todas sus partes por las reflexiones, los intercambios de opinión y las discusiones —que podían recalentarse en ocasiones— de los días del ENEC. Se trabajó mucho y bien. El aire era ...como de Pentecostés. No recuerdo nada igual en la parte, no muy breve, de la historia de nuestra Iglesia que yo he vivido.

Me parece que todos los que estábamos allí sabíamos que el momento se revestía de un carácter muy peculiar. Nunca antes y nunca después, en la Historia de la Iglesia en Cuba habíamos celebrado —porque celebración fue— una cosa semejante. Ningún evento había sido preparado

con tal palpitación del entendimiento y del corazón por parte de los miembros de la Iglesia; ninguna asamblea del pasado había contado con niveles tan altos de participación inteligente por parte de todos los estamentos de la Iglesia en Cuba; ningún documento había recogido el sentir, hecho de convicciones y de esperanzas, de los católicos cubanos de manera tan abarcadora, íntegra, global; ningún hecho eclesial de este carácter había sido seguido y apoyado con tanta atención por parte de la Santa Sede —que se hizo presente con un Legado del Santo Padre, el siempre recordado Cardenal Eduardo Pironio, cuyo proceso de Beatificación ya ha sido incoado— y de Iglesias hermanas de otros países. Tampoco dejaron de enderezar su pupila hacia el ENEC los gobernantes de nuestro País, invitados a participar en algunos encuentros públicos, y la prensa internacional, ampliamente presente y sorprendida ante la realidad eclesial cubana.

En el ENEC me correspondió, entre otras cosas, atender a la prensa. Sostuve "conferencias de prensa" todos los días, con más de un centenar de representantes, nacionales y extranjeros, de los medios de comunicación. Recuerdo esos encuentros también como un gratísimo servicio, como una fiesta de la Verdad de la Iglesia en Cuba que, en mi limitada medida, pude poner en evidencia. En esas conferencias de prensa surgieron relaciones personales que, con el transcurso de los años, se han convertido en verdaderas amistades que también agradezco al Señor. De corazón.

Después del ENEC, trabajé también en la redacción de su Documento Final. Soy testigo también del trabajo respetuoso: de todos los que tuvimos el privilegio de esforzarnos por recoger lo que era el fruto del amor de la porción católica de nuestro pueblo, que es la Iglesia; de los Obispos que, armados de lupa y de brújula certera, y con no menos amor, revisaron el Documento Final y redactaron la Instrucción Pastoral que lo promulgó; de quienes en la Santa Sede, con cuidado magisterial,

también revisaron el Documento antes de su publicación. Doy fe de que no le cambiaron ni una coma y propiciaron su primera edición en la Tipografía Don Bosco, en Roma.

¿Mi valoración personal? ¿Necesito explicitarla más? La REC y el ENEC son criaturas nacidas de la entraña católica de muchos hijos de esta Iglesia que peregrina en Cuba. Yo, uno de ellos; no más que eso, pero no menos que eso. Y de ello me precio: es un honor. Mis pasiones, lo saben quienes me conocen, son Cuba y la Iglesia. Realidades no divorciadas en mi mundo interior, sino irremisiblemente imbricadas. Simultáneamente aprendí a amarlas a las dos inseparablemente y creo que Dios me ha permitido ser fiel, también simultáneamente, a las dos. La REC y el ENEC han sido para mí expresiones de ese doble amor —¿doble?— que compartimos muchos católicos cubanos.

Añadiría, pero ya esto sería objeto de otra reflexión, que después del ENEC, las cosas no han resultado siempre como esperamos. Hemos tratado de ser fieles al ENEC pero... Hubo realidades sociales que cambiaron y tales cambios impactaron de tal modo al pueblo cubano que la Iglesia, que no es ajena, sino —repito— que es la porción católica de ese mismo pueblo, también se ha visto afectada. Positiva y negativamente. Muchos católicos "nuevos" ni siquiera saben qué es el ENEC. Muchos de los que lo impulsaron, ya no están con nosotros. Echo de menos, en estos últimos años, el tono de participación entusiasta en las cosas de la Iglesia, lo que dimos en llamar "el estilo REC" en la vida de la Iglesia. Quisiera volver a percibir esa palpitación y, si algún granito de arena pudiera aportar para lograrlo, aquí estoy, en cuerpo y alma, dispuesto a colaborar en ello, como en la REC y en el ENEC hace 20 años.

